

EL CERRO DEL CARMEN

En la Ilustración Guatemalteca

Vol. I. No. 8, Guatemala 15 de Nov. 1896

EN UNA de esas tardes de cálido verano, en que ambicionamos aire fresco y apacible descanso, es grato ir á pasar los últimos momentos del día, á la colina que se alza al N.E. de esta hermosa ciudad.

Un antiquísimo santuario, levantado por los pobres moradores del valle, mucho antes de que se pensara en trasladar aquí la capital del reino de Guatemala, trae a la memoria episodios históricos de lejanos tiempos; mientras que la cautivadora perspectiva de la población, que deja oír los postreros rumores del día, y que aparece tendida entre manto de verdura en circo de montañas, velada por volcanes, bajo cerúleo pabellón de espléndidos celajes, agolpa en la mente ideas varias, que exaltan la fantasía, hasta que suaves brisas del sur olean nuestra frente, y la luz de la apacible luna derrama sus tenues rayos, á guisa de bálsamo celeste, sobre el anhelante corazón.

Remeda el humilde templo un castillo feudal de la Edad Media, con almenas y cañones en sus torres, que le dan extraño aspecto, impropio de una ermita. Déjase ver que el tiempo, ese viejo destructor de cuanto existe, ha posado su mano aterida sobre los sucios y carcomidos muros, respetando si, con veneración piadosa, el retrato de uno de los primeros benefactores de la iglesia, que adentro de ella se descubre, entre otras pinturas empolvadas y antiguas. Como noventa años de edad representa el bueno de D. José Morales Rox y Alfarol en ese retrato, que se debe al pincel de nuestro célebre pintor Rosales, quien para dar al cuadro más funerario aspecto, colocó una calavera en las manos del venerable reedificador de la capilla del Cerro. Allí está bien ese retrato, testimonio del reconocimiento de la devota gente, y símbolo de los siglos que han pasado sobre la añosa colina. Yo no sé qué se siente al contemplar todo aquello, que parece protesta muda contra la acción destructora de los siglos.

Saturada de misticismo heroico, de novelescos episodios y raros sucesos, corre la historia de aquella vieja ermita. Es fama y lo confirma el verídico cronista Vásquez, que antes del siglo XVII, fué á la Tierra Santa un peregrino llamado Juan Corz, originario de Génova, de mucha virtud y acrisolada fe. Acertó á pasar por el pueblo de Santa Teresa, en España, al regresar de Jerusalén, y como lo supiesen unas monjas avilesas, llamáronle para preguntarle á donde dirigía su larga caminata. No hallando quizá el genovés lugar más remoto y apartado que el reino de Guatemala, á raíz de la conquista española,

dijo á las religiosas que para acá vendría; y ellas le encargaron entonces de traer una imagen de la virgen del Carmen, que la fundadora destinaba á tan lejanas comarcas.

Cuarenta años contaba el penitente Corz, cuando llegó á fijar su guarida entre los agrios peñascos del lugar de *Las Vacas*, y á orillas del riachuelo que lleva ese nombre, en lo más enmarañado de las breñas. Mientras hacía vida de abstinencia y contemplación, en eremítico aislamiento, no faltaron campesinos que le sorprendieran, durante sus férvidas plegarias, y que llevaran la noticia á la aldea cercana, que tenía el feo nombre de *Rincón de la Leonera*. Los moradores del lugar, atribuían milagrosos sucesos á la imagen de la cueva, ante la cual oraba el genovés, no se sabe si para invocar la benignidad del cielo sobre los habitantes de la cercana alquería, ó en demanda de perdón por personales y juveniles culpas. Es lo cierto que los Valeras, los Morales, los Hincapiés, los Justinianos, los Dardones, los Mayorga, y otros varios de las familias principales de la comarca, que se hallaban en el ameno valle que después se llamó de *La Ermita*, pensaron en levantar un templo á la virgen del Carmen; pero el monje huía de los que le buscaban para proponerle la erección de la iglesia. Por último, se dirigieron en masa á la misteriosa gruta, y lograron convencer al hermano Corz de la necesidad de consagrar un oratorio á la portentosa imagen.

En el lugar en que hoy se halla *La Parroquia Vieja* edificaron entonces una pobre capilla, en la cual fué colocada la efigie de la virgen; mas cual sería el asombro y la pena de aquellas gentes sencillas y crédulas cuando á la siguiente mañana, que fueron á adorar á Nuestra Señora del Carmen, había desaparecido del sitio en que la víspera fuera colocada. La ignorancia de los tiempos y las ideas de la época, dieron margen á conjeturas que atribuían á causa sobrenatural la misteriosa desaparición de dicha efigie, encontrada después en el ángulo de la roca que antes ocupaba. Entonces fué cuando el mismo Corz eligió la colina cercana para asiento de la ermita, al lado de la cual, y en una pequeña torre que allí está todavía, se dispuso que viviera el penitente, á guisa de guardián de la imagen de la Reina de los Cielos. Aislado el cristiano peregrino, solía albergar, en noche de lluvia y tempestades, al que acertaba á hallarse por su vivienda. ¿Quién hubiera de presumir que por ello la murmuración y la calumnia, hijas por lo común de la envidia, y que casi siempre se ciernen sobre los dorados techos del poderoso, habían de envenenar también la atmósfera pura del solitario cenobita? Levantóse vago rumor contra la acrisolada virtud del ermitaño, y al decir de las crónicas, *levantóse también contra él un gran testimonio*, que hería de muerte su honra. No basta á las veces aislarse del mundo y refugiarse en las cavernas de los montes, para que la calumnia deje de herir como centella la fama de los hombres.

Sea como quiera, la verdad fué que desde entonces no se vió más al infeliz Juan Corz, que desapareció para siempre del Cerro del Carmen. Todavía se descubre en una de las piedras de la añosa capilla, la siguiente mal escrita remembranza:

"El fundador de ésta fue Juan Corz Religioso de la Cerámica Horden natural de la Señoría de Gnova-Año 1620."

¡Cuántos años han pasado desde la rara desaparición del ermitaño! Su nombre, esculpido en la lápida, va también, después de dos siglos borrándose poco á poco; mientras que jamás se borrarían del corazón del místico genovés, las huellas de la maledicencia que amargó los últimos años de su vida.

Cuán cierto es que donde hay un hombre, allí brotan las pasiones; y donde hay una colectividad, allí brotan los crímenes. El nombre de Caín repercute, a través de los siglos, cual maldición eterna.

Cuando se creía que pasaban todos los hechos relacionados, envueltos en la sombra de misticismo crédulo, en el fértil valle, que se llama de *Las Vacas*, en memoria del primer conquistador que trajo ganados al antiguo reino de Guatemala; no había en estas comarcas sino extensas praderas, que se contemplaban llenas de follajes, é iluminadas durante la noche por millares de luciérnagas.

La Antigua Guatemala rivalizaba entonces en opulencia con la soberbia capital de Méjico, sin presentirse siquiera que sacudimientos volcánicos habían de arrojar á sus moradores hacia el valle de "La Ermita"

Cuando en 1773 se trató de la traslación de la capital al lugar en que hoy se encuentra, hubo disturbios y reyertas, producidos por intereses opuestos entre los *terronistas*, que así llamaban á los que se aferraron á sus antiguos lares, y los *traslacionistas* que anhelaban dejar las amenas faldas de los enhiestos volcanes. ¿Cómo había de presumir el fundador de la iglesia del *Cerro del Carmen*, quien por instinto se apartaba de los hombres, que desde aquella colina se hubiere de contemplar, al través de los siglos, una preciosa ciudad, cuyas casas se ven hoy entre el ramaje de los jardines, cual palomas blancas entre nidos de verdura?...

La calumnia hizo emigrar de la colina al penitente.

El terremoto hizo dejar á nuestros abuelos la antigua capital de Centro-América, para fundarla al pie de ese histórico cerro.

Después ¡ah Guatemala idolatrada! las convulsiones políticas, los crímenes horrendos que en tu suelo se han perpetrado, habrán ido á remover las cenizas del fundador de la más antigua iglesia que queda aún en la cúspide de la montaña.

¡Mil veces hubiera huido otra vez el justo de ese minarete, que parece atestiguar día por día los hechos todos de nuestra triste historia!

De remotas regiones llegó el pobre peregrino, en pos de un nido y un templo: las borrascas humanas deshicieron el nido, mientras ha quedado el templo, como arca mística que guarda los despojos de muertas generaciones, allí sobre el monte, después del diluvio de nuestras lágrimas.

El año 1620, cuando se estrenó la iglesia del Cerro había entrado á gobernar la diócesis el decimotercero de sus obispos, D. Fr. Juan Zapata, modelo de caridad y mansedumbre cristiana que fué el prelado que autorizó la erección de dicho templo.

Refieren los cronistas que, por el mes de diciembre de aquel año, dejóse ver una inmensa bola de fuego que atravesando el espacio, con estruendo pavoroso, cayó en las cercanías de la recién construida ermita. Ese aerolito, que todos sabemos hoy que es un fenómeno físico sin trascendencia alguna, alarmó sobremanera á los pocos pobladores del valle de *Las Vacas* y del *Rincón de la Leonera*. Hubo rogativas é hicieron penitencia.

En el mes de junio del año de 1751 midió el agrimensor D. Juan del Bosque al derredor de la colina, cuatro caballerías y cincuenta y siete y media cuerdas de terrenos que fueron adjudicados á la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen; terrenos que no costaban nada por aquel entonces, ya que cuando se fundó esta ciudad, y compró el M.N. y L. Ayuntamiento el área en que hoy se encuentra, y las tierras para egidos, importaba de diez á veinte pesos cada caballería, según se deja ver de una nómina que poseemos de los títulos y dueños de las labores y haciendas que fueron expropiadas. De los Contreras, Bosques, Montenegros, Arrivillagas, Solares, Muñoz y del Cid, eran estos terrenos.

Hoy hay sitios, en la ciudad, en los cuales vale de diez á cien pesos la vara cuadrada.

El tiempo avalora á las veces unas cosas y nulifica otras. Todo cambia bajo el cielo; de tal suerte que en ese oleaje humano, van dejando las generaciones que mueren el campo libre á las generaciones que vienen, así

como en ese huracán del pensamiento, dejan las ideas que sucumben el estadio libre á las ideas que nacen. Todo se transforma y se desarrolla, mientras que la historia toma nota de cuanto acaece. Todo vive de la muerte.

Antaño había más sencillez de costumbres, más expansión en el alma, más creencias en la mente; bien es verdad que el error, achaque de lo finito, se infiltraba por doquiera. Hoy levántase erguido el positivismo, que no es más que la negación de toda idealidad, de toda aspiración suprema, y que conduce, después del carnaval de la vida, al perdurable silencio de lo pavoroso de la nada. Nace de allí la idea realista, que halla el destino humano en el goce, la ciencia en la negación, el amor en el interés, y el fin del sér en hediondo pasto de gusanos. Parece desesperada la humanidad, queriendo arrancar el perfume á la flor, el murmullo á la fuente, el espíritu al hombre, y Dios á la naturaleza. La aspiración á lo bello fué arte; la aspiración á lo infinito fué religión; la aspiración á la felicidad fué amor; hoy el amor, la religión y el arte, se sacrifican al realismo que lo invade todo, para arrastrar la fantasía por el fango, el corazón por la podredumbre, y el espíritu por los abismos de la nada.

Vaga la mente de tiempo en tiempo y de generación en generación, y al remontarse á la época en que esa mística capilla del Cerro del Carmen se fundó, por la piedad de uno de aquellos que, á modo de los penitentes de la Fuerza del Sino, vestía tosco sayal, para venir á ocultarse en un retiro; va recorriendo las mudanzas de las ideas, los cambios de las cosas y la transformación de cuanto existe. Si se levantara el ermitaño de su huesa, y fuera cual otro Edipo, de casa en casa, preguntando á cada uno por el tesoro de las tradiciones, ó como Hamlet, de tumba en tumba, requiriendo á los que duermen el sueño de la muerte, para que dijese qué fué lo bueno que tras de sí dejaron en esta tierra de amor; qué pocos serían los que no entonasen el miserere de sus culpas. ¡Qué pocos serían los que, al volver la vista atrás, no quedaran, como los precitos de la Biblia, convertidos en estatuas de sal!

Ni quiere eso decir que no haya cundido el espíritu del siglo alrededor de ese monumento semi-ermita, semi-castillo, por cuyas barbacanas pasa hoy el hilo del telégrafo y los ecos del rugir de la locomotora.

Sin blasfemar de nuestros padres; sin maldecir del pasado, como de entidad aislada que no tuviese las raíces de lo presente; caminemos hacia adelante, con luz en el entendimiento, amor en el corazón y fe en la conciencia.

“Cuando los minerales quieren ser árboles, los árboles flores, las flores aves, las aves cánticos, los cánticos poesía, la poesía tipo, y el tipo arquetipo; cuándo, desde la ola del Océano, hasta el latido del corazón, desde la abeja

fundando sobre el cáliz rebosante de miel, hasta el arpa despidiendo la nota lanzada a la inmortalidad, todo lo creado busca el origen de su creación, y con átomos, chips, esencias, aromas, gorjeos, alas, vuelos, inspiraciones, cánticos, plegarias, incienso, todas las criaturas suspiran por unirse con eterno amor;" no renegemos nosotros de nuestra especie, alardeando de un positivismo que hace inferior al hombre bajo el nivel del bruto, y que justificaría la envidia que el héroe de Calderón tuvo á las aves que volaban *cuál ramilletes de plumas*, y al pez que hendía el líquido elemento, *como bajel con escamas*; no olvidemos que todo pasa en la tierra presto, y se desvanece luego:

"¿Qué es la vida? una ilusión,
Una sombra, una ficción,
Y el mayor bien es pequeño;
Que toda la vida es sueño
Y los sueños, sueños son!"

Las últimas sombras de la tarde cubren ya las blancas torres de los edificios y los pardos techos de las casas; el lucero vespertino brilla más en el horizonte; el centinela de la noche, el canoro sultán, se despide del día, al recogerse en su serrallo; los hombres, llevando unos desengaños, é ilusiones otros, vuelven á sus hogares; focos de luz, que semejan estrellas caídas sobre la tierra, se destacan sobre la muerta ciudad en medio de las sombras. ¡El progreso también, en sus civilizadoras expansiones, hubiera colmado de admiración al monje del siglo XVII, si en vez de los cocuyos que por aquí veía entre los cañaverales, al ponerse el sol, hubiera visto los rayos conducidos dócilmente y sin estrépito por un delgado alambre hasta ser focos de luz! No se llega al apogeo de la cultura sin pasar la *vía-crucis* de amargas pruebas, ni corre el travieso niño, sin haber caído muchas veces en sus primeras tentativas. El dolor precede á la vida; el dolor purifica lo que está manchado; el dolor es gaje de la humanidad.

Lo que se pierde en pureza de costumbres, en sencillez de hábitos, en vida patriarcal; se gana en elementos de civilización y desarrollo. Hoy se vive aprisa, y cunde la fiebre de la codicia y del goce intenso, siquiera no dure mucho. Los ideales se sacrifican al interés material. La ley de la conciencia se oscurece y el egoísmo ostenta sus lívidas fauces. Se necesita para hablar, el teléfono; para andar, el vapor; para ver, la luz eléctrica; para ser feliz, el oro.... El oro, que es el dios del siglo XIX; el oro, que es el metal de que se forja el alambre que lleva y trae por el mundo la corriente de los deseos y de las aspiraciones, galvanizando el corazón y atrofiando la conciencia... La conciencia, que se niega; *pero que á pesar de eso existe*, como hubiera dicho Galileo, si en vez de tratarse del movimiento de la tierra sobre sí misma, se hubiera tratado del

movimiento de nuestros propios actos sobre el misterioso centro de todo nuestro sér, que se llama alma, ó como quieran llamarla los que no aspiren á negar hasta su propia existencia.

Al descender de la colina, que poco antes estaba iluminada por el crepúsculo de la tarde, involuntariamente volvimos la vista atrás, y acudieron á la memoria los recuerdos de épocas mejores, de épocas dichosas de la vida. Al recordar la niñez alegre y turbulenta, que sin temor, ni previsión, goza tranquila de los primeros años de la existencia, se nos antoja que ayer no más, en ese mismo sitio, entre la turba inquieta de infantiles compañeros, corríamos por todas partes, en alegres juegos, como sueltos pajarillos; por la región del viento se encumbraban cometas voladoras en medio de la gárrula algazara de los pequeños tiranuelos.

Ayer no más, adolescentes, íbamos en pos de una mirada dulce de amor á ese mismo Cerro, que ha atestiguado impasible tantas confidencias íntimas. Jóvenes, volvimos á espaciar la fantasía y á acariciar ilusiones al campestre paseo... y parece que fuera ayer; que fuese todo un sueño, vana sombra, un instante de vida. ¡Cuántas veces hemos suspirado por esa colina, en extranjero suelo, en medio de espléndidos parques y vergeles!

Más de diez generaciones ha visto crecer y morir el almenado templo; ora de conquistadores que sólo provistos de una capa y una espada aquí venían con valor heroico; ora de dignatarios que, favorecidos por la suerte eran opulentos dueños de indianas comarcas; ora de criollos que anheaban la independencia, como anhela el enfermo un filtro que cure sus males, siquiera corra el riesgo de contener un tósigo mortal, ora de gente insubordinada, que se revuelve y se mata en convulsiones intestinas... Hemos venido pasando entre ráfagas de sombras y de luz, entre eclipses y solsticios, en actividad febril.

No nos hemos fijado lo bastante en que la educación escolar del individuo, la política del ciudadano y la democrática del pueblo, son la base de la libertad.

"El motor de la máquina administrativa es *el pueblo*. La supresión ú omisión de este motor (dice un sabio americano) por los gobernantes, que sólo han organizado el gobierno, es la causa del cesarismo en Europa y del caudillaje en América. En algunas de esas que se llaman repúblicas, no hay más que una masa fluida y flotante de moléculas sociales sin individualidad ni cohesión orgánica, fundidas en la personalidad del más fuerte. La sociedad está

cristalizada en la figura del cerebro de un hombre, hasta que nuevas erupciones volcánicas, la refundan bajo otro nombre y otra forma, velada con el sudario de su lava.

¡Ah Cerro del Carmen! Mañana, dentro de pocas horas, vendrán los matutinos rayos á dorar otra vez las feudas torrecillas de tu templo, que desde ese monte verá todavía hundirse muchas más generaciones; verá crecer y desarrollarse esta ciudad hermosa, hasta llegar á ser emporio de riqueza y ostentoso lujo, al amparo de la paz y bajo la egida del trabajo y del orden; verá á sus hijos congregados en feliz fraternidad, sin que sus opiniones sean litigios, ni sus aspiraciones devaneos; Verá á Guatemala, jardín de Centro-América, ostentando fragantes flores y opimos frutos:

“¡Salve cara parens,
Dulcis Guathimala, salve!”

ANTONIO BATRES JAUREGUI.